

Los Ministerios del Nuevo Testamento

“Si alguno habla, **HABLE** conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, **MINISTRE** conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos” (1ª Pedro 4:11).

Introducción:

En la segunda edición de este pequeño libro - para los hermanos en la fe de Cristo - hemos recopilado **SIETE PERFILES** bíblicos; aquellos que abarcan lo que es la “**obra espiritual**”. No hay creyente auténtico que no esté llamado a una parte de esta ‘obra’. ¡El mismo “**SEÑOR DE LA MIES**” quiere adiestrar y emplear a cada uno! Oramos que Él se digne de tomar este sencillo escrito, utilizándolo para disipar mucha ignorancia al respecto de los **Ministerios del NT**. ¡Qué SU luz y amor abran oídos, ojos y corazones!

Juan Valladares

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. ¡No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta!” (Romanos 12:1-2)

“La cabeza... es CRISTO, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por TODAS las coyunturas que se ayudan MUTUAMENTE, según la actividad propia de CADA MIEMBRO, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.”

“A CADA UNO DE NOSOTROS fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo.” (Efesios 4)

Primer Perfil:	Los Dones del Espíritu	Pág. 2
Segundo Perfil:	Los Profetas	7
Tercer Perfil:	El Ministerio de la Mujer	10
Cuarto Perfil:	Los Misioneros del NT	14
Quinto Perfil:	Los Ancianos	18
Sexto Perfil:	Los Maestros	23
Séptimo Perfil:	Los Requisitos	26

Nota: Cada perfil tiene al fondo una lista completa de las referencias bíblicas pertinentes. Al final de todo hay una lista completa de ‘requisitos’.

1. Los Dones del Espíritu

¿Destacando al creyente, o descubriendo a Cristo?

El Espíritu Santo, de manera soberana y cuidadosa, reparte sus dones entre *todos* los creyentes; dones que son *imprescindibles* para servirle a Dios de manera aceptable. Sólo con ellos pueden funcionar como ‘miembros del cuerpo de Cristo’, sólo con ellos son capacitados para ‘ministerio’. Los más nuevos y los menos desarrollados ‘miembros’ están incluidos, aunque ignoren por un tiempo cuales son los dones que tengan.

“De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.”

“Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para edificación de la iglesia.”

Campos blancos

La realidad y utilidad de los dones se descubren a la medida en que el creyente *está pendiente de la “Cabeza”*. Cristo le quiere abrir un campo grandísimo, frecuentemente ni imaginado, de servicio en oración, testimonio, evangelismo, aconsejamiento, enseñanza, visitación, etc. Con los dones que le dio, el Señor le guiará a una parte de su obra que tal vez parezca poco llamativa, pero que para Él es de gran valor.

“¿No decís vosotros: ‘Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega?’ He aquí os digo: ‘Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega’.”

Pudiera ser que en la congregación hay necesidades entre jóvenes, entre nuevos creyentes, entre esposas cuyos maridos no son convertidos (o viceversa), etc. Fuera de la congregación siempre queda mucho por hacer. Medios como Internet, radio y literatura suelen ser de gran utilidad. El Señor puede abrir puertas entre discapacitados, entre niños de la calle, entre refugiados, entre marginados... Él tiene una lista muy larga, pero sus dones espirituales capacitan al creyente en aquel ‘ministerio’ en que el Señor le confirme.

¿Lenguas...?

Hay muchos que al mencionar “los dones del Espíritu”, piensan automáticamente en “el don de lenguas”. Este es un don que destacó en el día de Pentecostés. Los 120 discípulos que estaban reunidos en Jerusalén hablaron espontáneamente en idiomas extranjeros cuando vino el Espíritu, y es evidente que fue una poderosa señal de parte de Dios para los miles de judíos y prosélitos, venidos del extranjero, que lo presenciaban.

Es en este mismo sentido que el apóstol Pablo, citando de Isaías, interpreta su significado e importancia. Dice: *“En la ley está escrito: ‘En otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo; y ni aun así me oirán, dice el Señor’.* Así que, las lenguas son por señal, **no a los creyentes, sino a los incrédulos...**” ¿Quiénes son estos incrédulos? El contexto muestra claramente que Pablo está enfocando a Israel, a los judíos, *no* a los demás incrédulos. Las lenguas son por señal al pueblo de Israel, que no se ha querido convertir a su Mesías. Son señal para que Israel sepa que ahora el Evangelio de su Mesías está por salir a todas las naciones, y en todas las lenguas.

Pero al tiempo en que nace la Ekklesia (el nuevo pueblo de Dios), los israelitas (o judíos) reciben todavía un poderoso llamado individual a que se arrepientan y reciban a su Mesías. Este llamado les viene a través de las lenguas (idiomas) habladas en Pentecostés, y a través del discurso de Pedro. Aunque Israel, como nación, no se convierta, ¡unos tres mil judíos y prosélitos, sí, responden!

Luego, Pedro y otros seis judíos convertidos son testigos en Hechos 10 de que Cornelio y los suyos, gentiles que están convirtiéndose a Cristo, también manifiesten ese don de idiomas extranjeros, lo cual es confirmación para los apóstoles y los hermanos en Jerusalén de que Dios ha incluido a tales extranjeros entre los redimidos, y que deben ser abrazados como hermanos en Cristo.

¿Dones o talentos?

Los “dones espirituales” no deben confundirse con los ‘talentos naturales’, patrimonio de toda la humanidad. Estos suelen tener por finalidad la gloria del hombre. Los ‘talentos’ no son malos en sí; el problema surge cuando el hombre con ellos, y con sus habilidades humanas, se engrandece a sí mismo. Nabucodonosor es el ejemplo clásico: “*Habló el rey y dijo: ‘¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?’*”

Por otra parte, Caín ya había tomado la iniciativa en lo religioso; inició el ‘culto-a-Dios’ basado en los ‘talentos-del-hombre’. Y... fue rechazado por Dios; ¡era inevitable! Entre los descendientes de Caín está Jubal, el inventor de los instrumentos de música. Jubal habrá sido todo un genio - ¿qué duda cabe? - y para su invención ¿qué necesidad tenía de una fe en Dios, o de ‘dones espirituales’? Era sin esas cualidades que logró componer su música y ejecutarla. Bien puede haber sido una música expresamente religiosa, tal vez era exquisita, sin embargo, aun así no dejaba de ser cosa de “*el camino de Caín*”...

Canto al Señor

Para la mayoría de los ‘cultos’ evangélicos modernos, los coros y conjuntos musicales (volumen a toda ‘pastilla’) se han hecho ***indispensables***. El hombre tiene ese anhelo innato de ‘hacer algo’, de ‘impresionar’, de ‘embellecer’ y de ‘pasarle bien’, pero el Nuevo Testamento **no** provee para tal ‘culto’. Nunca se menciona ningún ‘don’ para hacer música. Los redimidos no cantan para entretener y complacer al hombre, sino que “*cantan con gracia en sus corazones al Señor...*” Pedro, escribiendo a creyentes cuya fe se probaba en terribles persecuciones, dice, “*...aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso*”. ¡Qué cantos deben de haber surgido en esos corazones! Porque Dios “*da cánticos en la noche*”... Lucas confirma esta realidad cuando describe la horrible noche que Pablo y Silas pasaron en el calabozo de Filipos.

Arpa e incienso

Es verdad que *antes* de la Ekklesia había, y luego en el cielo habrá, coros y música instrumental. Lo del Antiguo Testamento era una reflexión, aunque bastante pobre, de lo que hay y habrá en el cielo. Se suele apuntar al “arpa” como ejemplo para nosotros. Es verdad que, igualmente como los coros, es visto como muy aceptable en los servicios de alabanza en el templo de Jerusalén y también en el cielo. Se argumenta que por esto los evangélicos hacemos bien en disponer de toda la música posible en nuestro ‘culto’. En tal argumento es fácil olvidar que había otro elemento, todavía más necesario que el arpa, es decir, el incienso. Como el ***arpa*** acompaña y simboliza el canto y la alabanza, el ***incienso*** acompaña y simboliza la oración y la adoración, tanto en aquel templo, como en el cielo.

Camino nuevo

Sin embargo, en contraste con católicos, ortodoxos, anglicanos y algunas otras denominaciones - las que siguen utilizando un incienso material - los evangélicos hemos entendido bien que el ***incienso***, sencillamente, **no** cuadra con la adoración evangélica. Luego, si el incienso no, ¿por qué los coros y la música instrumental sí? El Nuevo Testamento muestra, en contraste con el Antiguo, “*el camino nuevo y vivo que Él nos abrió*”. Este es el camino que lleva a los creyentes a una ‘sinfonía’ espiritual. Ésta, sí, refleja mucho mejor lo que es la ‘sinfonía’ celestial.

Dice Jesús que “*vestidos viejos*” y “*odres viejos*” **no** deben ya emplearse. Dios busca que se le adore “*en espíritu y en verdad*”. Y la plenitud del Espíritu, dice Pablo, se muestra “*...cantando y alabando al Señor en vuestros corazones*” (literalmente: “*cantando y haciendo melodía al Señor en vuestros corazones*”).

Envoltorios; buenos, pero...

Dicho esto, los talentos musicales *pueden* formar una parte natural y saludable de nuestro desarrollo humano, por ejemplo, en familia. Cuando en el hogar los hijos manifiestan tener talentos musicales, puede ser importante que los padres les animen a desarrollarlos. También para los propósitos de evangelización, la buena música puede servir de “envoltorio-de-regalo”; por ejemplo, en reuniones especiales, en la radio, en CD, etc.

Pero en la reunión de los santos, ¿por qué quedar con los ‘envoltorios’? Los ‘envoltorios’ no son más que eso, algo desechable y sin valor. Para esa adoración en **espíritu** y en **verdad** de nuestro Dios, Creador y Redentor, ¿pretenderemos entretenerle a **ÉL** con lo que son meros ‘envoltorios’? La verdad es que demasiado fácilmente la música se impone y llega a tener un papel de preponderancia, que, lejos de edificar espiritualmente y de encaminar, nos desvía. ¿No debemos aplicar a esto el criterio de Pablo: “*Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño*”?

Si es que la música tenga algún lugar, lo apropiado sería un sencillo acompañamiento para ayudar a entonar bien la melodía. Al mismo tiempo es importante que en tal caso su instrumento sea de un tipo que deje libre la boca; el intérprete no debe privarse del canto. Mucho más importante que su instrumento es la música del **canto de corazón**, la que, por su boca, se exprese libre-mente en palabras de testimonio y alabanza. ¿Estará Dios en el cielo impresionado por una actividad entusiasta de flautista, saxofonista, trompetista o violinista? Puede que sean virtuosos de verdad, pero su música impide que canten...

“Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre.”

El creyente que hace de ‘la música’ parte íntegra - tal vez imprescindible - de su culto a Dios, hará bien en examinar tal ‘ofrenda’, si es del orden de la “ofrenda de Caín” o de la “ofrenda de Abel”.

“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da...”

Gn. 4; Job 35:10; S. 13:6; 100:1-2; S. 123 & 127; Jer. 17:5-10; Dn. 4:30; Lc. 5:36-38; Jn. 4:23-24, 35; 7:38-39; Hch. 2; caps. 10-11; 16:25; Ro. 12; 1ª Co. 4:1-2; cap. 12; 13:11; 14:1, 12, 21-25; 2ª Co. 10:4; Ef. 4:7-16; 5:19; Fil. 3:3-8; Col. 3:16; Hb. 10:20; 13:15; 1ª P. 1:8; 2:5; 4:7-11; Jd. 11.

2. Los Profetas

¿Predicción o predicación?

En las congregaciones del Nuevo Testamento el don de profecía tenía un lugar de gran importancia. Pero sólo en unos casos aislados, los de Ágabo, se trataba de la ‘predicción’ del futuro. Eran la excepción de la regla. Profetizar era, y es, sencillamente **transmitir** la Palabra de Dios, tenga que ver con el futuro o con el presente. La definición de la palabra “profeta” es: “uno que sirve de portavoz para Dios”. “*No hará*

nada el Soberano SEÑOR, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas. Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si habla el Soberano SEÑOR, ¿quién no profetizará?”

Profetas en Cristo

En el Antiguo Testamento la profecía se marcaba por el ‘prefijo’ de: *“Así ha dicho el SEÑOR...”* A partir de Abraham, hay creyentes privilegiados que son designados “profetas” o “profetisas”, pero son relativamente pocos. Incluso, ya antes de Abraham, profetizaban Enoc y otros con relación al diluvio.

En la siguiente oración de Hebreos 1 está recogido de manera escueta el contraste entre el Antiguo y el Nuevo Testamento; *“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo...”* El cambio práctico para el pueblo de Dios ocurrió en el día de Pentecostés - a partir de ahí **todos** los creyentes somos “reyes y sacerdotes **en Cristo**” y “profetas”. En este día se cumplió el ferviente deseo de Moisés, que, en verdad, era también el deseo de Dios: *“Ojalá todo el pueblo del SEÑOR fuese profeta, y que el SEÑOR pusiera su espíritu sobre ellos”*.

La profecía de Joel, copiada por Lucas, y citada por Pedro, pone este énfasis en lo que, desde Pentecostés, sería el ministerio de ‘profetizar’: *“Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas **profetizarán**; ...y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y **profetizarán**”*.

“Así ha dicho el Señor...”

Además, si *antes* el mensaje a profetizar se recibía directamente del cielo, *ahora*, ya con una Biblia completa, y en la medida en que el creyente absorba la Palabra, Dios le capacita para transmitirla (profetizarla) desde su Biblia abierta. Al hacerlo por fe y obediencia y en completa dependencia de su Señor, él o ella también podrá decir: *“Así ha dicho el Señor...”* En realidad, ningún creyente puede afirmar: “Dios no puede, o Dios no quiere, hablar a través de mí a los demás”.

El apóstol exhorta: *“Procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis”*. Y: *“si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado”*. Además: *“...podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados”*. Esto no nos libra de la gran necesidad de discernimiento y vigilancia, ya que numerosos *“falsos profetas... con vestidos de ovejas”* *“han salido por el mundo”*.

Cuando escasea la palabra del SEÑOR

Todos los ‘ministerios bíblicos’ son importantes, pero en cada uno debe destacar *“el ministerio de la Palabra”*. La perspectiva de Dios es ésta: *“irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo; asidos de la palabra de vida...”*

Proliferan en nuestros días ciertos ‘ministerios’ no exactamente bíblicos. A la hora de la verdad son ‘ministerios’ en que no se necesita depender de los “dones del Espíritu”; más bien se basan en los ‘talentos naturales’. Ahí está, por ejemplo, el ‘líder de alabanza’ – un ‘ministerio’ que, más que aceptable, se ha hecho indispensable en gran parte del mundo evangélico. Sin embargo, en el Nuevo Testamento buscaremos en vano algún don espiritual que lo acredite como ‘ministerio espiritual’.

A medida que aparezcan tales ‘ministerios’ nuevos, los sencillos, pero poderosos, ministerios de la Palabra tienden a desaparecer. Se repite la historia de los días del joven Samuel: *“la palabra del SEÑOR **escaseaba** en aquellos días”*. Los ministerios que directa y sencillamente abren y exponen la Palabra de Dios - sea al nivel de niños, jóvenes, adultos, matrimonios o ancianos - escasean notablemente. Si es grande la escasez entre los creyentes, no menos grande es la superficialidad resultante.

Pero aquellos creyentes preocupados que piden de todo corazón: “Haz que tu rostro resplandezca sobre tu siervo, y enséñame...”, verán como el Señor los capacita para ministrar “conforme a las palabras de Dios”.

“La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples”.

Cinco ministerios básicos

No solamente los profetas tienen un ‘ministerio de la Palabra’. Hay cinco ministerios básicos enumerados por Pablo en Efesios 4, y el de “*profetas*” tiene el segundo lugar, detrás de los apóstoles. “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros.” Pero, sin excepción, cada uno de estos cinco ministerios es un ‘ministerio de la Palabra’ en el área específica donde el Señor lo utiliza. El capítulo enfatiza el hecho que los cinco surgen de entre todos los santos y sirven para todos los santos, específicamente para su equipamiento y edificación. Es significativo, además, el orden en que son enumerados:

- Los **12 apóstoles** fueron los que, después de Cristo, iniciaron todo. Ya a partir de Hechos 1 su número había vuelto a completarse. De nuevo eran doce; sin Judas, pero con Matías. De la legitimidad de Matías como uno de “los Doce” hay confirmaciones en los siguientes capítulos: Hechos 2, 6; 1ª Corintios 15 y Apocalipsis 21.

La doctrina de la que dispone la Ekklesia es “*la doctrina apostólica*”. Son los Doce Apóstoles, los que han puesto el “fundamento apostólico” para la Ekklesia: “*Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo*”.

- Los **profetas** - sin número – son los que esparcen la Palabra por todas partes. Un precioso ejemplo lo tenemos en Hechos 8 y 11. Los 12 apóstoles permanecen en Jerusalén, pero todos los demás creyentes salen. Dispersados por la persecución, siembran la Palabra por todas partes, hasta Samaria, Fenicia, Chipre y Antioquía.

- Los **evangelistas**, como más tarde Felipe y Timoteo, son los que, en seguida, consolidan la obra en los distintos lugares, “plantando” las congregaciones. Así Bernabé lo hace en Antioquía, involucrando pronto a Saulo también. Ver también perfil nº 4.

- Los **pastores** (llamados también ‘ancianos’ y ‘obispos’) y los **maestros**, ¿dónde surgen? Son aquellos creyentes que, equipados por el Espíritu Santo para pastorear y dar enseñanza bíblica, surgen en las mismas congregaciones, sean congregaciones nuevas o no tan nuevas. Con el tiempo se manifiestan la madurez, los dones y los conocimientos necesarios. Ellos seguirán guiando y nutriendo el rebaño. Ver también perfiles 5 y 6.

Gn. 20:7; Nm. 11:29; 1º S. 3:1; S. 119:130, 135; Pr. 29:18; Am. 3:7-8;

Mt. 7:15; Jn. 14:26; 16:13-15;

Hch. 2:14, 17-18, 37, 42-43; 8:4-5; 11:19-24; 15:32; cap. 20;

1ª Co. 12:28-29; 14:1, 3, 24, 31-32, 39; Gá. 1:1; Ef. 2:20-21; 4:11;

Fil. 2:15-16; 2ª Ti. 4:1-5; Tito 1:9; Hb. 1:1-2;

1ª P. 2:9; 4:10-11; 2ª P. 3:2; 1ª Jn. 4:1; Jd. 14.

3. El Ministerio de la Mujer

¿Servicio manual, o sacerdocio cabal?

La Biblia reconoce a siete “profetisas” de la época del Antiguo Testamento (antes de Pentecostés):

- 1) María (hermana de Moisés - Éx. 15),
- 2) Débora (Jue. 4),
- 3) Ana (madre de Samuel - 1º S. 2),
- 4) La esposa de Isaías (Is. 8),
- 5) Hulda (2º R. 22),
- 6) María (Lc. 1), y
- 7) Ana (Lc. 2).

Aunque no cada una sea nombrada como “profetisa”, el contexto aclara que cada una profetizaba. Estas referencias de inspiración divina no dejan duda sobre el alto valor del ministerio de la mujer - ya en el Antiguo Testamento. No impedía su género, pero su edad tampoco. La penúltima era extremadamente joven, y la última extremadamente vieja.

Transmisoras de la Palabra

Cuando amanece el Nuevo Día Glorioso de redención, allí en el huerto con su sepulcro abierto y vacío, ¿quién es comisionado por el resucitado Señor para dar a los discípulos el mensaje de su victoria sobre Satanás y la muerte? Jesús no ordena eso a Pedro o a Juan quienes estuvieron allí; más bien comisiona a María Magdalena. ¡Ella es su redimida y su sierva y, como tal, puede, perfectamente, llevar y comunicar el mensaje de Vida, sea a mujeres, a niños, o a varones!

En Hechos 4 nos enteramos que “con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús”. Pero estaba en los planes soberanos del Señor que primero alguien tuviera el gran privilegio de entregarles a ellos ese testimonio. Una humilde hermana - María Magdalena - fue esa privilegiada...

Toda mujer creyente neotestamentaria es miembro del “cuerpo de Cristo”, y del “sacerdocio universal”. Tal “sacerdocio” de mujer era impensable antes de la Resurrección y de Pentecostés, pero después ya no. El “profetizar” de las hermanas (el de transmitir la palabra de Dios), sí, se había conocido y reconocido antes. De todos modos, es muy importante que todo el ministerio femenino tenga su aceptación en la presente dispensación.

Ya cuando viene el Espíritu prometido en el día de Pentecostés, inaugurando la Ekklesia, el ministerio femenino es incluido de forma enfática. Pedro, citando a Joel, menciona “*vuestras hijas*” y “*mis siervas*” en relación con la transmisión de la Palabra de Dios. Desde entonces es parte de la norma divina para toda la época neotestamentaria. En las congregaciones del primer siglo se practicaba así. Sólo hace falta una atenta lectura de Romanos 16 para convencerse de esto.

Sacerdocio universal

¿Puede concebirse de un auténtico sacerdocio neotestamentario que carezca de un continuo ‘fruto de labios’, agradable al Señor? El Señor amonesta a todos los suyos - no solo a los varones - que, “**como piedras vivas, sean edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo**”.

Imaginémonos a una querida hermana en una congregación, donde tal vez no haya (todavía) ancianos. Ella se interesa y se entera de todo lo que hay en las reuniones, y fuera de ellas. Seguramente conversa con su marido sobre ciertas situaciones, que pudieran empañar el testimonio e impedir el crecimiento. También puede ser que de vez en cuando hable discretamente con alguien que necesite consejo, ánimo o advertencia.

Pero lo que la hermana hace más que nada es cumplir un ‘sacerdocio’ en el ‘lugar secreto de la oración’. Allí todas esas situaciones y peligros pasan revista entre su Señor y ella. Hay guerra espiritual. Pablo menciona esa guerra en Efesios 6, con lo que es la ‘armadura’ del creyente. Luego señala su ‘arma secreta’: “**Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos**”. Dicha hermana es auténtica guerrera, y la bendición que resulta es notable entre los hermanos.

Una pareja casada - Áquila y Priscila - es mencionada varias veces en el Nuevo Testamento. Pero, en Hechos 18, Lucas, al mencionar a Priscila en primer lugar, parece indicar que Priscila fuera usada especialmente en ese valioso ministerio de orientar mejor a Apolos.

“Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte; no calumniadoras, no esclavas del vino, maestras del bien; que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada.”

El velo

Pero el tener acceso a ciertos ministerios no elimina las diferencias entre hermanos y hermanas. Una de ellas está en la vestimenta, y más específicamente en el “velo”. En el día de hoy el velo sigue teniendo su importancia en muchas partes del oriente. Pero debemos entender que el ‘velo’ no es, ni era, un ‘pañito’ encima de la cabeza, tampoco es ‘mantilla’. El único propósito del ‘velo’ ha sido siempre el de cubrir buena parte del **rostro** de la mujer. La palabra que Pablo usa para el “velo” de la mujer significa, literalmente, no ‘algo puesto encima’, sino **‘algo echado alrededor’**. Incluso, utilizando una palabra distinta, dice: “Moisés... ponía un velo **sobre su rostro**”.

En tiempos bíblicos, como todavía en oriente, la mujer nunca aparecía en público sin su ‘velo’ puesto. Incluso, dice el apóstol, debía estar ‘cubierta’ cuando “oraba o profetizaba”, ya que era “señal de autoridad”. Quitárselo significaba, en los ojos de los demás, un rechazo de, o desafío a, la autoridad de su marido – algo muy reprehensible. “Afrenta su cabeza”, dice Pablo. Porque “el varón es la cabeza de la mujer”, lo cual se traduce mejor: “**el marido es la cabeza de la esposa**” (también Ef. 5:22-24).

Una mujer decente no se descubría el rostro más que en familia. En Corinto corría un sentir de emancipación entre las hermanas. Por lo visto, había algunas ‘contenciosas’ que razonaban así: “¿No estamos ‘en familia’ cuando nos congregamos? ¿No somos verdaderamente hermanos en Cristo, tanto varones como mujeres? Entonces, estando en familia, ¿por qué mantener ese velo? No tiene sentido...”

Pablo entendía este sentir, pero explica que, antes de ser ‘revolucionarias’ en su cultura, deben ver si ese asunto de cultura acaso está en pugna con el orden en que Dios había creado todo. Si no, entonces era mejor y más ‘propio’ seguir la cultura del país y mantener el velo en las reuniones, para no servir de tropiezo a nadie.

¿Y gobernar?

Lo que nunca vemos en el Nuevo Testamento es que la hermana participe en los ministerios de ‘gobierno’ – como los de anciano y el de presidir. En otros muchos ministerios, como en aquel de profetizar, el Señor la quiere utilizar. Destacan ministerios de hogar (hospitalidad), obra entre niños, la evangelización, el aconsejamiento, etc. Siempre hay lugares donde difícilmente penetren los varones, pero donde una o más hermanas tienen una puerta abierta.

“El Señor daba palabra; había grande multitud de las (mujeres) que llevaban buenas nuevas.”

Esposa y matrimonio

Los pasajes de 1ª Corintios 14:34-35 y 1ª Timoteo 2:9-15, citados a menudo para prevenir que la mujer ejerza algunos ministerios en público, *no* deben usarse fuera de su

contexto. Tratan, **no** de ministerio, sino de matrimonio. Apuntan, concretamente, a un serio problema matrimonial - el de la falta de sujeción de la esposa - lo cual pudiera manifestarse en medio de la congregación. Por esto Pablo, en ambos casos, remite las congregaciones a “la ley”, es decir, a Génesis 3. La maldición vino en buena parte, dice ahí Dios a Adán, “*por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer*”. Era el mundo-al-revés: en lugar de que Eva obedeciera a él, cuando le comunicó que no comiera de ese fruto, Adán le obedeció a ella al aceptar de ella el fruto.

Muchos se han hecho de la idea de que Dios decreta una sujeción de ‘hermana’-a-‘hermano’, de ‘mujer’-a-‘varón’. Pero no es esto lo que enseña la Palabra. Lo que Dios ordena es la sujeción de ‘esposa’-a-‘**marido**’. “*Como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.*”

Gn. 3:16-17; S. 68:11;

Mt. 28:10; Jn. 20:1-18; Hch. 2:17-18; 4:33; 18:24-28; 21:8-9;

Ro. 16:1-12; 1ª Co. 11:1-16; 14:24-40; 2ª Co. 3:13; Gá. 3:28;

Ef. 5:21-33; 6:18-20; Fil. 4:2-3; Col. 4:15; 1ª Ti. 2:9-15; Tito 2:3-5;

Hb. 13:15; 1ª P. 2:5; Ap. 1:6.

4. Los Misioneros del NT

¿Solo predicadores, o sobre todo plantadores?

Los hermanos que han sido llamados a un ministerio de “plantar congregaciones” son llamados “evangelistas” o “apóstoles”. En tiempos modernos se suele usar la palabra “misionero”. Ambas palabras, “apóstol” y “misionero”, significan “*enviado*”, la primera siendo derivada del griego y la segunda del latín.

Apóstoles y apóstoles

Los “evangelistas” entonces, aunque llamados “apóstoles” unas pocas veces, no deben ser confundidos con “los doce apóstoles”, quienes eran únicos. Pablo coloca a los “evangelistas” en el centro de la lista de los ‘cinco ministerios básicos’. Él mismo era uno de ellos y así unos cuantos compañeros suyos. Los evangelistas Bernabé, Silas y Timoteo tienen mención como ‘apóstoles’.

Los misioneros/evangelistas nunca funcionan como un tipo de ‘pastor’ moderno. Su obra, hecha en equipo, es esencialmente ‘itinerante’ y sirve siempre para ‘consolidar y extender’ la obra de Cristo. Buscan la formación de nuevas congregaciones, constituyen ancianos, vuelven para dar enseñanza adicional, y entrenan a nuevos obreros. Además, intervienen cuando se declaren problemas graves. Por ejemplo, puede darse el caso de un anciano que caiga en pecado, causando un serio compromiso para el testimonio en la ciudad o región.

Ciertas tradiciones persisten en considerar a Timoteo y Tito como “pastores”, pero es importante distinguir que ni el primero era ‘pastor’ en Éfeso, ni el segundo en Creta. Formaban parte del equipo misionero/plantador. También en esos lugares, durante tiempos prolongados, desempeñaron tareas típicas de ‘misionero’: de corrección, enseñanza y constitución de ancianos. Cuando su labor había concluido, siguieron con la obra misionera en otra parte.

Enviados, pero ¿por quién?

Una de las tentaciones a que están expuestos los misioneros es la de quedarse en una región como ‘supervisores’ de un número de congregaciones, llegando a parecerse al ‘obispo’ convencional en su ‘diócesis’, o ‘circuito’. Bernabé y Saulo estaban en este peligro después de volver de Jerusalén a Antioquía de Siria. Se les abría un ministerio

muy fructífero, pero intervino el Espíritu Santo. Como ‘Señor de la mies’ dio sus directivas en cuanto a los dos obreros; la congregación debía ‘soltarlos’, dejando que se fueran más allá, cumpliendo la misión a que el Señor los había llamado. Si la congregación hubiera contado con un buen número de hermanos carnales, podría haberse originado una fuerte oposición a tales directivas del Espíritu. Pero los obreros obedecieron e igualmente la congregación. Hay tres verbos significativos que son usados: la congregación “*apartó*”, “*encomendó a la gracia de Dios*” (14:26) y “*dejó ir*”. Los obreros dejaron “enviarse” a sus próximos destinos, **no** por la congregación, sino por el Espíritu Santo.

La obra no es la obra de la iglesia, es la obra del Señor. Con que una congregación no puede ser la entidad que ‘envíe a misioneros’. Cuando los gálatas habían empezado a dudar de que Pablo fuera un auténtico enviado/apóstol/misionero de Dios, él comienza su carta a ellos así: “*Pablo, apóstol, no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos*”. En otras palabras, no reconocía que fuera ‘enviado’ por ninguna congregación, ni en Damasco, ni en Jerusalén, ni en Antioquía.

Cuando nuevos misioneros surgen en una congregación, su ‘llamado’ y ‘misión’ serán reconocidos por todos, suponiendo que sean auténticos, pero la congregación no puede tomar el lugar del Espíritu Santo y ‘enviarlos’. Su parte es más bien ‘*apartarlos*’, ‘*encomendarlos a la gracia de Dios*’ y ‘*dejarlos ir*’. Luego surgirán maneras para apoyar y participar en esa misión – especialmente por la intercesión. Esa es la valiosísima colaboración que Pablo esperaba de las congregaciones: “*cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración*”.

¿Cómo financiar la obra misionera?

La cuestión de ‘finanzas’ era tan actual en el primer siglo como en el XXI. Pero aquellos misioneros se distanciaban rigurosamente de todo lo que pudiera dar siquiera una impresión de impropiedad, igual como los ancianos. Servían a Dios, “*no por ganancia deshonesto, sino con ánimo pronto*”. Su práctica era la de **nunca** aceptar remuneración por ‘servicios prestados’. Difícilmente puede cualquier obrero considerarse ‘obrero neotestamentario’, si rehúsa respetar tales normas neotestamentarias. Pablo estaba profundamente convencido que debía actuar así: “*Cuando estaba entre vosotros y tuve necesidad, a ninguno fui carga., y en todo me guardé y me guardaré de seros gravoso*”.

En “*razón de dar y recibir*” los filipenses destacaban por su fidelidad. Cuando el misionero agradece su generosidad, no lo hace en referencia a algo percibido estando con ellos, sino sólo a lo que la congregación envió después de haber **salido** de Filipos, primero en Tesalónica, y más tarde cuando partía de la región de Macedonia, dirigiéndose a Atenas; luego, por Epafrodito, cuando Pablo estaba preso en Roma. Decía: “*Sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades.*”

“Fiel en lo muy poco...”

“*Se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.*” Dios se deleitaba en la sencilla fidelidad de un Samuel, pero detestaba la avaricia de sus hijos. Amaba la fidelidad de un Eliseo, pero odiaba la codicia de Giezi. Otro ejemplo de codicia es el de Acán: ¡qué terribles resultados! Por no decir nada del ‘profeta’ Balaam, y del discípulo Judas... Hoy tampoco se evitan tales consecuencias: ¡anulación de siervos, dispersión de comunidades, destrucción del testimonio de Cristo...!

La promesa del Señor, sin embargo, nunca ha cambiado: “*Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús*”. Su promesa sigue fiel.

Ni To-Sheng, un gran obrero chino comentó:

“Es cosa vergonzosa profesar confianza en Dios y al mismo tiempo hacer de mendigo, publicando las necesidades que uno tenga, provocando ‘compasión’ en los demás.”

He aquí, lo que un obrero escribió a otro, es decir, Pablo a Timoteo: *“Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.”*

Enviado de Dios, pendiente de Dios

Si el obrero es enviado por hombres, estará pendiente de ‘la voluntad’ de hombres. Si es enviado por Dios, puede, y debe, estar pendiente de Dios solo y de su voluntad. Si se ata a hombres por convenios, contratos, honorarios, etc., compromete seriamente su libertad y testimonio.

El testimonio de Pablo ilumina esa libertad de criterio y acción:

“Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido.”

“Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número.”

“Vivir por fe”, también en las finanzas, no es algo del ‘país de las maravillas’. El obrero ha aprendido que para todos sus gastos puede confiar sencillamente en Dios; que Dios se responsabiliza sin que el obrero tenga que anunciar sus necesidades a **nadie** más. Desde los tiempos del Nuevo Testamento ha sido una dimensión práctica y sencilla de la obra misionera. Ahora, en tiempos modernos, *“¿se ha acertado la mano del SEÑOR? ¿Se ha agravado su oído para oír?”*

Respaldando a los obreros y a la obra

Por otra parte, la Palabra anima a los creyentes a **encaminar** a los obreros: *“harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje”*. ¿Cómo se ‘encamina’ a los obreros cuando viajan? Es referencia a algo muy práctico, una provisión de alimentos y otros pormenores para los viajeros (podrían incluirse nuevas sandalias para sus interminables caminatas, etc.), y a una ayuda para cubrir gastos de viaje. Así las congregaciones del Nuevo Testamento completaban el cuadro de la hospitalidad extendida a los ‘hermanos de fuera’.

En cuanto a ‘*misión mundial*’, las congregaciones son conscientes de su responsabilidad. Buscan dar expresión al mensaje del amor y de la salvación de Dios entre todos los que las rodean, también en los campos más allá de sus propios contornos. Esto hace:

- 1) que colaboren activamente con los misioneros (intercesión; apoyo financiero, y hasta acompañamiento personal cuando fuera posible);
- 2) que estén pendientes de nuevos ‘llamamientos’ para la obra misionera *de entre ellas mismas*;
- 3) que esperen en la guía del Señor para que puedan realizarse los entrenamientos adecuados de nuevos candidatos cuando llegue el tiempo.

Éx. 18:21; Jos. 7; 22:20; 1º S. 8:1-3; 2º R. 5:15-27; Esd. 8:21-23, 31; Is. 59:1;

Mt. 9:36-38; Lc. 9:61-62; 16:10; Jn. 4:35;

Hch. 9:31; 13:1-4; 14:4, 14, 23, 26; 16:1-3; 20:4, 33-35;

Ro. 12; 15:14; 1ª Co. 3:5-11; 4:1-4; 9:16-19; 2ª Co. 1:11; 8:20-21; 11:7-12;

Gá. 1:1; 6:9-10; Ef. 4:11; 5:15-17; Fil. 1:27-30; 2:25-30; 4:19;

Col. 4:7-18; 1ª Ts. 1; 2:6; 2ª Ts. 3:1; 1ª Ti. 6:5^b-11; 2ª Ti. 4:5; Tito 1:5;

1ª P. 5:2; 3ª Jn. 6; Jd. 3.

5. Los Ancianos

¿Señores o servidores?

Cada congregación, sobre todo cuando crece, necesita para su desarrollo normal una supervisión y un ‘pastoreo’. *“Donde no hay dirección sabia, caerá el pueblo; pero en la multitud de consejeros hay seguridad.”*

En lugar de llamar e instalar a alguien de fuera para que sea el ‘pastor asalariado’ de la congregación - cosa totalmente inaudita en la Palabra - son *“constituidos ancianos”* ¡de entre los mismos hermanos de la congregación!

Anciapastobispos

La voz “ancianos” alude a su madurez espiritual; la de “pastores” a su tarea de guiar, alimentar y proteger. Otro nombre más es el de “obispos (sobrevedores)” por su responsabilidad de vigilar, prevenir los peligros y discernir el desarrollo adecuado para todos. En otras palabras, los que son constituidos para presidir, guiar y nutrir a la congregación son llamados:

‘ancianos’ por su **madurez**,
‘obispos’ por su **vigilancia**,
‘pastores’ por su **pastoreo**.

“Sé diligente en conocer el estado de tus ovejas, y mira con cuidado por tus rebaños.”
“Ruego a los ancianos que están entre vosotros...: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella... Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.” *“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: ‘Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.’”*

Versiones y sistemas

Debemos esclarecer que Pedro, en su alusión a la venida del Señor Jesús, no dice literalmente: “Príncipe de los pastores”. Usa una sola palabra para describir a Aquel que está por encima de todos los involucrados en la obra de pastorear. Medio transliterada, esta palabra sería: “Archipastor”. Hay otros tres versículos (Hebreos 13:7, 17 y 24), que en ciertas versiones emplean la palabra “pastores”, sin embargo, la palabra griega en el texto original no se traduce por “pastores”, sino por **“guías”**. Al poner ‘pastores’ en lugar de ‘guías’, se echa mano del ‘paráfrasis’, tratando de acomodar el sentido moderno de “pastores” – ese sentido acogido por la inmensa mayoría de iglesias.

Cuando decimos ‘sentido moderno’, nos estamos refiriendo al sistema que exige ‘seminario’, ‘ordenación’ y, de ahí en adelante, que el predilecto sepa ocupar el ‘púlpito’ e impresionar y conmover a su auditorio. Para esto cobrará un ‘estipendio’. Es otra carrera profesional más - entre las de abogado, médico, ingeniero, etc. - siendo ésta la de “teólogo”. A partir de ahí hay que decir “Pastor” – y el prefijo es nada menos que “Reverendo”. Al comparar tal arreglo con la sencillez del Nuevo Testamento, difícilmente escapamos de la impresión de ‘farsa’.

¿De quién es esa congregación?

Lejos de adaptar la Biblia a las prácticas en boga, las prácticas deben someterse continua y humildemente a la Soberana Palabra de Dios. Solo así puede Dios corregirnos y enderezar nuestros caminos torcidos. ¡Qué gravísima y tremenda falta de ética cometería el apóstol Pablo si en el día de hoy se dirigiera a la congregación de Corinto, Filipos o Tesalónica, **sin** dirigirse a “su pastor”...! Pero la realidad es esa - ni se dirige al ‘Pastor’, ni alude a él en ninguna parte, ni le manda saludo, ni reconoce siquiera tal ‘ministerio’.

En contraste: cuando hoy en día unos cuantos ‘pastores’ se encuentren reunidos, ¿de qué cosa hablará cada uno constantemente, sino de “**mi** iglesia”? Diótrefes hubiera hecho otro tanto. Dice Juan de él: “*al cual le gusta tener el primer lugar*”.

Pablo escribe sencillamente: “*A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro*”; “*A todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos*”; “*A la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo.*”

Ellos en conjunto

En todo el Nuevo Testamento la palabra “pastores” no ocurre más que una sola vez, es decir, en su sentido de ministerio cristiano, y ¡está en plural! Nos referimos al versículo de los cinco ministerios básicos: Efesios 4:11. Ocupa allí el cuarto lugar.

Por las palabras de Pedro, ya citadas, y por las de Pablo a los ancianos de Éfeso (Hechos 20), sabemos que los ancianos **en conjunto** son los encargados de ‘apacentar’ la ‘grey’ (o el rebaño) del Señor. “*Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.*”

Normalmente son los ancianos los que presiden las reuniones. Se requiere que lo hagan “con solicitud”, y de la congregación se requiere que reconozca “*a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra*”. En cuanto a ésta y otras actividades, como la predicación y la enseñanza (a niños, jóvenes, mayores), los ancianos tendrán su parte, pero fomentarán una creciente participación de los demás ‘miembros del cuerpo’.

Nuevos ancianos

El reconocimiento y la ‘constitución’ de ancianos sólo pueden tener lugar cuando la congregación ha podido orar mucho y escudriñar profundamente los requisitos bíblicos. Orando así y buscando la voluntad de Dios al respecto, se espera de Él que dé unanimidad espiritual.

Siempre los ancianos (con la excepción de Diótrefes) son mencionados **en plural**. De ahí que se pide al Señor que dé un mínimo de dos o tres. En una nueva congregación, entonces, los hermanos oran, no por ‘un’ anciano, sino por *dos o más*. Cuando, después de amplia oración, sólo resulte unanimidad por *un* hermano, el proceso es suspendido, hasta que, en otra ocasión, después de más oración, pudiera llegarse a la unanimidad, en cuanto a *dos o más*.

Una vez que el Espíritu Santo dé la unanimidad deseada, los hermanos indicados son reconocidos públicamente, en medio de la congregación. En un acto sencillo, pero significativo, los obreros/misioneros oran e imponen las manos en los nuevos ancianos.

Su autoridad

La autoridad que ejercen los ancianos es puramente espiritual. Por esto, Satanás, haciendo como siempre todo lo posible para torpedear los propósitos de Dios, tentará para que uno u otro asuma una autoridad carnal. Busca la evolución de alguno en “dictador” (al estilo de dicho Diótrefes). De ahí la gran necesidad, entre ellos mismos, de ayudarse, apoyarse y animarse mutuamente de forma continua. Semanalmente los ancianos se reúnen para someter actitudes y ministerios al Señor en la oración, y, muy conscientes de las necesidades que se manifiestan en la congregación, interceden por todos los hermanos. Así “aguza” el uno al otro como “hierro con hierro”. Si son fieles, verán un fruto en vidas transformadas.

Una de las actividades por las que Juan censura a Diótrefes es la de “expulsar de la congregación” a quien quiere. La realidad es que ningún anciano tiene esta autoridad, ni los ancianos-en-conjunto. Cuando Pablo escribe a la congregación de Corinto sobre la urgente necesidad de separar al hermano que había caído tan lamentablemente, **no** se

dirige a los ancianos. Se dirige a la congregación entera. *En conjunto* ellos son responsables. Por otra parte, es obvio que los ancianos deben tomar la iniciativa y presidir la ‘operación’, asegurándose de que los hermanos entiendan y, unánimemente, se involucren en el triste proceso de condenar el pecado y de separar de la comunión a un amado hermano.

¿Pastoras?

Se dan casos, y no son infrecuentes, en que la esposa de un anciano se siente con bastante importancia, y con cierta autoridad, por estar tan cerca de un santo varón que tiene ese ministerio. Si ella comparte con él su tiempo, su casa, sus hijos, su automóvil (si tiene), su mesa, su cama, ¿cómo no va a compartir también su ministerio? Puede sentirse toda una ‘anciana’... Al mismo tiempo, es posible que en la congregación surja cierta ‘reverencia’ hacia ella, sobre todo si tiene don para predicar. No faltará quien le diga: “pastora”...

Pero, si ella es creyente espiritual, no dejará de discernir las inclinaciones de su propio corazón, ni ese malentendido de algunos. Su reacción será la de llevar todo a la cruz de Cristo. Una verdadera sierva busca sinceramente que Cristo crezca y que ella mengüe. Es la actitud que conviene para ancianos y esposas.

Si por otra parte, ella no es creyente espiritual, entonces de una cosa viene otra. Va a causar problemas para el marido en su ministerio. O pueden suscitarse entre las esposas de los ancianos sentimientos de envidia, rivalidad, resentimiento, llegando incluso a no hablarse. Esto no pasa desapercibido, y para la congregación es un peso que deprime. Los ancianos, al reunirse, siempre han de ser francos y humildes, pero más cuando haya crecido tal situación. Hay ocasiones en que ellos deben humillarse delante de los hermanos...

“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.”

El mismo Lucas, ya antes, había dado testimonio de un matrimonio muy especial, Zacarías y Elisabet (padres de Juan el Bautista). ¿Qué pasó con ellos? ¡Su andar era irreprochable! Así se requiere de ancianos y diáconos, y también de sus esposas: que anden de forma “irreprochable”. Es uno de los principales requisitos. Para captar bien el significado de este concepto - de “irreprochable” - el **primer salmo** nos ayuda, dándonos la ‘pincelada’ perfecta.

***S. 1:1-3; 51:17; S. 133; Pr. 11:14; 27:17, 23; Is. 40:11;
Lc. 1:5-6; Jn. 3:30; 10:12-13; Hch. 6:1-10; 8:4-6; 14:23; 20:17-35;
Ro. 12:8; 1ª Co. 1:1-2; cap. 5; Ef. 4:11; Fil. 1:1-2; 1ª Ts 1:1; 5:12-13;
1ª Ti. 3:1-13; 5:17; Tito 1:5-10; Hb. 13:7, 17, 24;
Stg. 1:27; 1ª P. 5:1-4; 3ª Jn. 9-10.***

NOTA adicional clarificante acerca de Hebreos 13:7, 17, 24.

En estos versículos de la traducción RVR1960, leemos tres veces la palabra “pastores”, pero el inspirado autor de la epístola NO escribió “pastores”. En el griego original, el apóstol - inspirado por el Espíritu Santo - escribió, más bien, “**guías**”. Entonces, ¿por qué el traductor de ‘La Epístola a los Hebreos’ (a la lengua española) se tomaría esta libertad de quitar la palabra inspirada de ‘guías’, para cambiarla por otra de ‘pastores’? Nos imaginamos que, al ver que el texto luego dice: “**os hablaron la Palabra de Dios**”, el traductor se animara a hacer ese cambio. Razonaría que esto, precisamente, es lo que hace un “pastor”...; ‘hablar la Palabra de Dios’.

Olvidaría, entonces, que en Efesios 4:11, se enumeran 5 ministerios: “*apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros*”. ¿No son, acaso, TODOS ellos “guías” que

guían a la EKKLESIA? ¿No hablan todos ellos la Palabra de Dios? Y, cuando, por ejemplo, una joven madre creyente instruya tierna- y cuidadosamente a sus niños con la Palabra de Dios, ¿no es ella también “guía” en este mismo sentido...?

Guste o no, el típico ‘pastor’ *moderno*, con ‘título’ o sin ‘título’, con ‘púlpito’ o sin ‘púlpito’, NO tiene lugar en el Nuevo Testamento. Sin embargo, UNO hay que, sí, tiene TODO lugar. Se trata de “El Gran Pastor de las ovejas”, correctamente traducido en el versículo 20. Es Aquel que NUNCA cambia: “Es el Mismo, ayer, y hoy, y por los siglos” (vs. 8).

Normalmente - en una congregación de creyentes - es este ‘Gran Pastor’ quien tiene allí a sus siervos: los “ANCIANOS/obispos” (siempre en plural), que son los que “apacientan” al rebaño. Es a ellos que hacen referencia los tres versículos (de los ‘guías’) de Hebreos 13.

Ver también: Hechos 20:17-35; Filipenses 1:1;
1ª Tesalonicenses 5:12-14; 1ª Pedro 4:10-11; 5:1-7.

6. Los Maestros

¿Regidores o regadores?

Los corintios tenían sus preferencias y “tomaban partido” por un siervo de Dios sobre otro. En sus primeros capítulos a ellos, Pablo les ayuda a entender que todos los que son auténticos siervos sirven al mismo Dios. Que si uno “planta” y otro “riega”, “*el crecimiento lo da Dios*”. Es importante entender que así cada siervo de Dios tiene su lugar en el conjunto completo, entre todos los que son ‘miembros del mismo cuerpo de Cristo’. Todos, igualmente, dependen de la Cabeza. No hay ninguno que se pueda alzar sobre los demás porque tenga ‘más importancia’.

El Maestro y los maestros

Hoy tenemos el mismo problema. Un ejemplo puede bastar: muchos teólogos, graduados en sus seminarios, insisten en llamarse “Doctor”, lo cual traducido es “maestro”. Jesús, sin embargo, prohibía semejante autotitulación: “*No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo*”. Jacobo añade: “*Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación*”.

El verdadero “maestro”, no sólo enseña con la boca, también “*lava los pies*” de sus discípulos. Pablo no se avergonzaba de mencionar las lágrimas con que regaba sus enseñanzas.

El Espíritu Santo, Autor de la Biblia, es el gran Maestro quien enseña a los discípulos y a través de ellos. “*El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho*”. La ‘materia’ enseñada es la Sagrada Escritura: “*Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra*”. Sus palabras son “*como agujijones y como clavos hincados...*”

Discipulando y enseñando

La fiel enseñanza bíblica es inestimable en su valor - sin ella no puede producir-se ese crecimiento que Dios da. Con que, los que imparten la enseñanza, los maestros (y maestras) - mencionados últimos entre los ‘cinco ministerios básicos’ - recibieron una responsabilidad muy grande, no para destacarse a sí mismos por sus conocimientos, elocuencia etc., sino para destacar al Señor.

Pablo, 'maestro de los gentiles', a quien Dios había dado la responsabilidad de abrir los misterios divinos, dice: "*Téngannos los hombres por servido-res de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.*"

La enseñanza de los maestros iba incluida en la 'gran comisión' de Mateo 28: "*Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*". Esta es la enseñanza dada a los nuevos discípulos. Hay también enseñanza que se da a los que no son todavía discípulos: necesitan ser iluminados sobre Cristo y el evangelio. Ésta incluye la que los padres dan a sus niños. "*Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.*"

Regando

En la medida en que more la Palabra de Cristo en el creyente, la podrá enseñar a los demás: "*La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría*". Con su enseñanza, Apolos 'regaba' lo 'plantado'. Nosotros, también, con la Palabra 'regamos' la obra de Dios ya hecha en los corazones. "*Goteará como la lluvia mi enseñanza; destilará como el rocío mi razonamiento; como la llovizna sobre la grama, y como las gotas sobre la hierba.*" Pero, aunque ésta sea la clara norma de Dios para cada creyente, muy a menudo Dios saca un diagnóstico negativo: "*Debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios...*"

Maestros fieles, maestros falsos

Un análisis cuidadoso de todos los pasajes revela que Dios no espera solamente que cada creyente sea fiel en enseñar la verdad bíblica a los que le rodean en su hogar y en la congregación, de manera privada o pública, en la medida en que él (o ella) la vaya haciendo suya, también espera que de la congregación surjan maestros 'reconocidos' que tengan un amplio ministerio de enseñanza, tal vez entre varias congregaciones, o formando parte del equipo misionero. Hemos enfatizado la necesidad de depender de Dios en los ministerios. Así es con este ministerio, también necesita ejecutarse en dependencia de Dios - en mucha oración - y, además, en interdependencia con los demás obreros.

La necesidad se hace tanto más apremiante en cuanto se muevan entre los hermanos 'falsos maestros'. Jesús señalaba a los que "*enseñan como doctrinas mandamientos de hombres*". Después, su peligro es advertido en las palabras de Pablo, Pedro, Juan y Judas: "*Habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina*". Esto lleva a la proliferación de "*espíritus engañosos y a doctrinas de demonios*".

Jesús, en su parábola de la semilla de mostaza (símbolo de la sencilla fe), que se hace todo un árbol (mucho más allá del humilde arbusto de mostaza), ya apuntaba a tal proliferación. Dice que los pájaros (símbolo de 'espíritus engañosos') anidaban cómodamente en las ramas del árbol...

"Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo."

Dt. 32:2; Pr. 22:6; Ec. 12:11;

Mt. 13:31-32; 23:8-12; 28:19-20; Mr. 7:7; Jn. 13:14; 14:26; 16:13-15;

Hch. 4:2; 5:18-42; 8:31; 18:25; 20:18-35;

Ro. 12:7; 1ª Co. 2:13; 3:4-8; 4:1-2; Ef. 4:11; Col. 1:28; 3:16;

1ª Ti. 2:7; 4:1-3; 6:3-4; 2ª Ti. 2:2; 3:16-17; 4:1-4; Tito 1:9-11;

Hb. 5:12; Stg. 3:1; 2ª P. 2:1; 2ª Jn. 7-11; Jd. 3-4; Ap. 2:14-15.

Y los Diáconos, ¿Qué?

La palabra significa: “siervos”. Obviamente, no son ancianos. Ellos se ocupan especialmente de los bienes y quehaceres materiales. Pero son constituidos de igual manera (Hechos 6), y su ‘ministerio material’ no les excluye de un ‘ministerio espiritual, lo cual es muy notable en dos que son mencionados por Lucas: Esteban y Felipe. El segundo, habiendo huido de Jerusalén, ya no seguía allí como diácono, pero el Señor hizo de él un “evangelista” (Hechos 21:8). Esteban, siendo diácono, tenía al mismo tiempo un gran ministerio de ‘maestro’ y ‘profeta’. Los requisitos para ‘diáconos’ están en 1ª Timoteo 3. Ni ancianos, ni diáconos reciben estipendio (a saber, remuneración u honorarios) por su labor.

7. Los Requisitos

¿Para oficiales o para obreros?

“Escrito está: ‘Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás’.”

“El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

“La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.”

“El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él.”

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redar-güir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.”

Siervos solícitos

¿De qué manera presentarse a su señor? ¡Con diligencia! Así se presenta “a Dios aprobado, ¡como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad!”

Las cualidades que el Señor requiere en los que le sirven no son triviales o arbitrarias, sino prácticas y de inmensa importancia:

“Sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve.”
“Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.”

Pablo escribe a sus compañeros de milicia, a Timoteo y Tito, sobre los requisitos que ellos debían tener muy en cuenta al establecer ‘ancianos’ en las congregaciones, para que sirvan a Cristo eficazmente. Timoteo, en ese período, servía como misionero en la región de Éfeso, y Tito en la Isla de Creta.

¿Qué responsabilidades tenían allí estos misioneros? Ellos, por todos los medios, buscaban la manera de consolidar y extender la ‘obra del Señor’, concretamente en las distintas congregaciones. Éstas estaban formándose y creciendo, un proceso que debería superar debidamente los desvíos y las trampas que el maligno suele emplear. Es quien siempre busca desbaratar la obra del Señor. Por esto era de gran importancia que, cuanto antes, empezaran a funcionar entre ellos sus propios ‘ancianos’, debidamente

preparados, reconocidos y constituidos. Es en vista de todo esto que el apóstol Pablo enumera los requisitos necesarios. La lista pertinente se encuentra al final del librito. En ella, aparte de los requisitos escritos a Timoteo y Tito, van también algunos más de otros dos capítulos.

El encargo estándar

Lo que Pablo a Timoteo encargó, según vemos en 2ª Timoteo 2:2, es un modelo para todos los tiempos. Por medio de un Pablo y un Timoteo llega la enseñanza apostólica a hombres fieles e idóneos, y, a través de ellos, a ‘otros’, y ‘otros’, y ‘otros’... **“Lo que has oído de mí (1) ante muchos testigos (2), esto encarga a hombres fieles (3) que sean idóneos para enseñar también a otros (4)”** (ver diagrama al final).

Naturalmente, tal encargo solemne no es sólo para el ministerio de ancianos, sino para todos los que ministran al Señor, a través de los tiempos. E incluye no sólo a siervos, sino también a siervas.

En la lista de cualidades destaca ya al principio, después del requisito de ‘irreprehensibilidad’, que el siervo de Dios (anciano en este caso), si es hombre casado, tenga en orden su matrimonio y hogar, porque, dice el apóstol: **“el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?”** Es instructivo que de los diáconos se requiera exactamente lo mismo, ‘tener en orden su matrimonio y hogar’, aunque en su caso el apóstol no lo relacione con un ministerio de autoridad en la congregación.

Otra vez ella

Esa norma para matrimonio y hogar tiene su repercusión en la congregación. Es una norma de **autoridad** espiritual amorosa. El marido la ejerce, no sólo sobre los hijos, sino también sobre la esposa, como hemos tenido ocasión de ver. Este hecho y este requisito del Señor no parecen ofrecer gran dificultad para comprender. Sin embargo, no son pocos los matrimonios donde no él, sino ella es la que manda y decreta.

Tal arreglo - con ella en el lugar de autoridad - puede que llegue a funcionar más o menos. El hermano - fiel en todo - tiene un espíritu dócil y teme la controversia. Así la hermana, capacitada y fuerte, está instalada al timón del hogar. Eso, claro, no quiere decir que ella, necesariamente, ‘mande’ en la congregación. Más bien, dará en las reuniones la impresión de ser esposa sumisa. Pero todos los que conocen el hogar, creyentes e incrédulos, saben de buena tinta cual es la realidad... Y no es bueno tal testimonio. Si el marido es uno de los ancianos, no será de sorpresa que ella (en casa) busque la manera de influir en decisiones, consejos y actividades que son parte del ministerio de él...

Autoridad espiritual

El apóstol ordena que el marido creyente “sepa gobernar su propia casa”, y, si no, **“¿cómo cuidará de la congregación de Dios?”** Tito en Creta estaba experimentando en carne propia las tensiones tremendas entre los que profesaban salvación. Los ancianos a constituir iban a tener que lidiar - no carnalmente, sino espiritualmente - con situaciones como las descritas por Pablo, de *“muchos contumaces, habladores de vanidades y engañosos..., que trastornan casas enteras, enseñando por ganancia deshonesto lo que no conviene”*. Sólo por la autoridad del mismo Señor se podría establecer orden en el caos. Para esto los ancianos debían ser *“retenedores de la palabra fiel tal como ha sido enseñada”*: la única manera para poder **“exhortar, convencer..., reprender duramente y hasta tapar la boca”**.

¡Qué tremendamente importante que en tal conflicto espiritual el anciano pueda contar con sus compañeros de milicia, pero también con una “ayuda idónea” que apoye en la oración, sin ánimos de dictar lo que hay que hacer! Orando, ella apoyará en la ‘retención de la palabra’, en las conversaciones, en la visitación, en los momentos conflictivos, incluso cuando hay aparente derrota. Dios necesita que sus siervos trabajen

así eficazmente en equipo, para que sus congregaciones sean formadas y equipadas, a pesar de los tremendos esfuerzos del gran enemigo.

El Espíritu Santo: Indispensable

“De cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.” El libro de Hechos nos hace ver como la promesa divina se cumplió, siendo ‘derramado’ el Espíritu Santo, ya no sólo sobre unos acá y otros allá, sino ahora sobre “toda carne”, es decir, sobre **toda** clase de creyente. *“El Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”*.

Pertenecer a Cristo, de Pentecostés en adelante, significa estar sellado por el Espíritu Santo, ser guiado por Él y moldeado, llenado y adiestrado, porque el conflicto es continuo y real. Nuestro Capitán nos involucra, y su Espíritu nos entrena para estar firmes *“contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”*. Efesios 6 nos da toda la armadura necesaria para que el enemigo no tenga ventaja sobre nosotros.

Cuatro siervos de Dios, en pleno ‘fragor’ de la batalla, tienen especial mención en Hechos al estar **“llenos del Espíritu Santo”**; son Pedro, Esteban, Bernabé y Pablo. Más tarde Pablo lo califica así:

“En espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”.

“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque **el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios**, y es aprobado por los hombres. Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación.”

“Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, **se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.**”

“Y su señor le dijo: ‘Bien, **buen siervo y fiel**; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor’.”

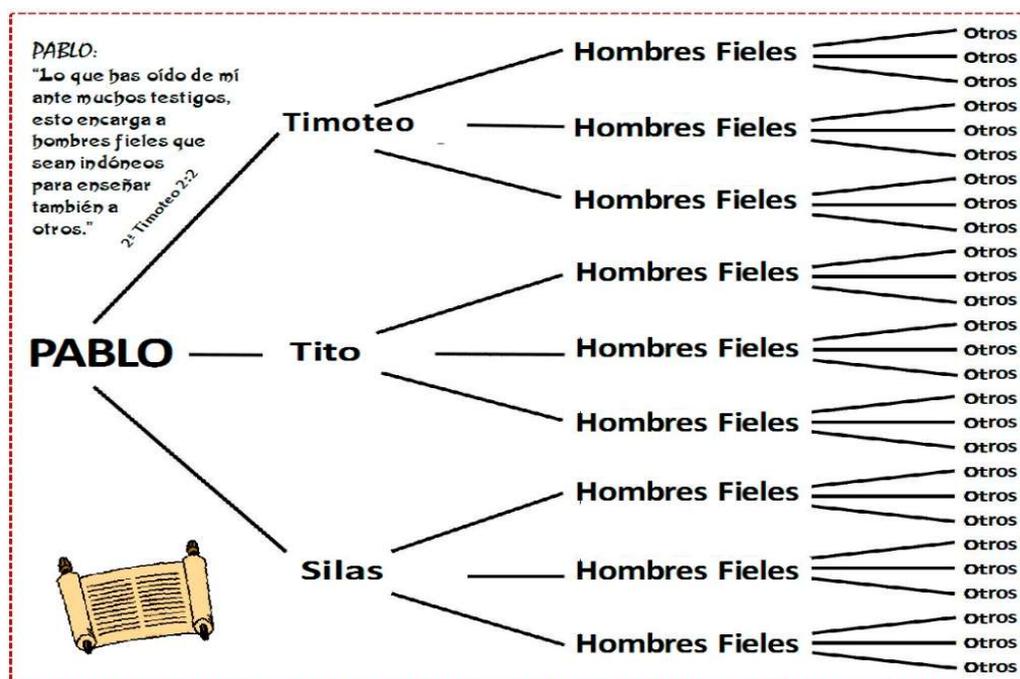
S. 123; Mt. 4:10; 20:26-28; 25:21; Lc. 22:26; Jn. 12:26;

Hch. 2:17-18; 4:8; 7:55; 11:24; 13:9; 20:17-36;

Ro. 8:9; 14:17-19; 1ª Co. 4:1-2; Ef. 1:13; 4:30; 5:18; 6:10-18;

Fil. 3:3; Col. 3:16-17; 1ª Ts. 5:12-14;

1ª Ti. 3:1-15; 2ª Ti. 2:2; 15; 24-26; 3:16-17; Tito 1:5-16; 1ª P. 5:1-4.



Requisitos para los Ancianos en las Congregaciones

1ª Timoteo 3

Irreprensibilidad,
Matrimonio ordenado,
Sobriedad,
Prudencia,
Decoro,
Hospitalidad,
Aptitud para enseñar,
Libertad de vicios,
Serenidad,
Honestidad,
Amabilidad,
Tranquilidad,
Generosidad,
Destreza en gobernar,
Madurez,
Testimonio.



Tito 1

Humildad,
Mansedumbre,
Aprecio de lo bueno,
Justicia,
Santidad,
Autocontrol,
Absorción de 'La Palabra'
para Canalización.

1ª Tesalonicenses 5

Asiduidad,
Liderazgo,
Vigilancia.

1ª Pedro 5

Voluntariedad,
Arrojo,
Ejemplaridad.

Correspondencia:

pressingonstill@gmail.com